

*Uti quisque fortior esset, Asiam veluti prædam occupabat.* Antes de Alejandro, la Grecia era una, el Oriente era uno. En tiempo de Alejandro, una unidad más poderosa abarca en su seno esas dos grandes unidades. Después de Alejandro, la unidad que era obra suya, deja de existir, y las antiguas unidades habían existido. Ni la Grecia ni el Asia tienen una existencia individual: una y otra son víctimas de grandes estremecimientos y de grandes trastornos. ¿Quién restablecerá la unidad perdida? ¿quién salvará al mundo del caos?

No pudiendo ser continuada la obra de Alejandro por un hombre, es continuada por un pueblo, que había crecido lenta y silenciosamente, ignorado del mundo, y á quien antiguas profecías, contemporáneas de los siglos fabulosos, habían dado la dominación de la tierra: ese pueblo era el pueblo romano; el más grande entre todos los pueblos, como Alejandro había sido el más grande entre todos los hombres. La historia de sus acciones debe llamarse la historia de sus prodigios.

## II.

TODA sociedad fundada sobre un principio falso, perece por la acción de ese mismo principio. La unidad del Oriente, obra de sus capitanes, reposaba en el principio de la fuerza: la unidad del Occidente, obra de sus legisladores y de sus filósofos, reposaba en el principio de sus instituciones y sus leyes. Esas dos unidades se descompusieron, á la muerte de Alejandro; porque el Oriente, huérfano del gran capitán, fué presa de capitanes ambiciosos; y el Occidente, huérfano de sus filósofos inmortales y de sus grandes legisladores, estaba entregado á la merced de miserables sofistas. El Oriente quería avasallar al mundo, en nombre de su poder: el Occidente, en nombre de su ingenio. El Occidente perdió el cetro del mundo,

por el abuso de su ingenio: y el Oriente, por el abuso de su fuerza. Entonces sucedió, que el colosal imperio de Alejandro, quebrantada su unidad, se dividió en numerosos fragmentos. Entonces, hubo un reino de Macedonia; y un reino de Armenia; y un reino de Capadocia; y un reino del Ponto; y un reino de Pérgamo; y un reino de Bitinia. Los más poderosos, entre los que á la sazón florecían, fueron el reino de Egipto, fundado por Ptolomeo, hijo de Lago, de donde vienen los Lagidas: y el reino de Siria, fundado por Seleuco, de donde vienen los Seleucidas. En cuanto á los griegos, esclavos, desde el tiempo de Filipo, de los reyes de Macedonia, solo conservaban un vano recuerdo y una vana sombra de su pasada libertad, en la última y más gloriosa de todas sus confederaciones: en la confederación aquea.

Mientras que la Grecia y el Oriente estaban acometidos de una descomposición social, Roma ponía término á su laboriosa empresa de la conquista de Italia: cuatrocientos ochenta años de esfuerzos y de afanes costó su posesión á Roma, que había de dominar al mundo desde sus siete colinas. La duración de la vida se mide por la duración de la infancia; y no es mucho que se prolongara la infancia de una ciudad, que había de conquistar con el sudor de su frente un altísimo renombre, y á quien los mismos pueblos por ella develados, dudosos de que fueran brazos mortales los que sostenían por tantos siglos el peso de todo el orbe, habían de llamar eterna. En este tiempo, Cartago, colonia de asiáticos asentada desde tiempos antiguos en las costas del Africa, llevaba, como la ciudad famosa de Oriente que había sido su metrópoli, el cetro de los mares. Roma, la nueva metrópoli del Occidente, se encontró en presencia de la antigua colonia del Asia. Su lucha fué una lucha de gigantes. Vencida Cartago en la Cerdeña y la Sicilia, envía al más grande de sus hijos, para que buscase á Roma en Roma. Annibal la busca, y la vence. La ciudad vencida imita tan alto ejemplo; y con sus heridas abiertas, llevada por Scipion, pide al Africa cuenta de las victorias conseguidas por el capitán africano. Annibal es vencido por Scipion; y la colonia del Asia rinde parias y tributo á la metrópoli del Occidente. El ilustre vencido discurre por las más distan-

tes regiones, concitando á los pueblos y á los reyes contra Roma. Su voz es escuchada del Oriente, que al descubrir en Roma la metrópoli de los pueblos occidentales, se vé asaltado de enojosos recuerdos, que refrescan la memoria de sus pasados infortunios, y que hacen brotar en él los mal extinguidos odios y los envejecidos rencores, que tuvieron su origen en terribles agravios.

La cuestion del Orienté y del Occidente vuelve á presentarse de nuevo. Antioco el grande, rey de Siria, vuelve sus armas contra Roma. Pero Roma, señora pacífica, á la sazón, de Italia, de la Cerdeña, de la Sicilia y de Corfú; vencedora de los cartagineses, de los íberos y de los macedonios; y señora, por su protectorado, de la Grecia, era ya una especie de mar, que dilatándose por todas las regiones, no parecia sino que no podia tener más límites que los remates del mundo. Antioco es vencido por las legiones romanas, que poco despues echaron por tierra á un mismo tiempo, como para significar que Roma quería abatir con un solo golpe á quienes mereciesen ser sus rivales, las ilustres murallas de Cartago, y las gloriosas de Corinto.

Pero apenas habia entrado Roma en pacífica posesion del Oriente, cuando Mitridates, rey del Ponto y Annibal del Asia, la salió al paso, para disputarla su presa. A su voz, se conmovieron no solo las poblaciones asiáticas, mal avenidas con el yugo del Occidente, sino tambien las muchedumbres sármatas, scitas, y las que vagaban por las riberas del Tanais y del Danubio. Desde que Annibal, vencedor en Cannas, se presentó ante sus puertas, jamás habian venido dias tan tristes y nebulosos sobre Roma. Todo el Oriente se alistó bajo las gloriosas banderas de Mitridates. Los pueblos le dieron los nombres de Padre, Vencedor y Rey; y no encontrando en la historia un nombre con que comparar el suyo, le buscaron en la fábula, y le compararon con Baco, padre de la civilizacion, y conquistador de la India. Mitridates fué declarado enemigo del pueblo romano, que ocupado á la sazón en la guerra social, y exhausto de recursos, echó mano de los objetos preciosos consagrados por Numa en los templos de los dioses, para subvenir á los gastos de la guerra que iba á sostener contra el rey bárbaro del

Ponto, por sus posesiones del Oriente. Entre tanto, Mitridates, bárbaramente feroz, decretó la muerte de todos los romanos de las ciudades griegas del Asia; cuya sentencia fué ejecutada por los naturales del país, en un mismo dia y en una misma hora, pasando de cien mil las víctimas que cayeron al ímpetu de las pasiones populares. El senado confió á Sila la guarda de su gloria, que padecía á la sazón uno de los más grandes de todos sus eclipses. De esta manera, el hombre más grande del Occidente iba medir sus armas con el hombre más grande del Oriente, y á resolver la cuestion de la dominacion universal, siempre fijada, y nunca resuelta. Los campos de Queronea fueron testigos del triunfo de Roma sobre las muchedumbres del Oriente. Esos mismos campos habian sido testigos, dos siglos antes, del triunfo de los macedonios, y ancho sepulcro de la libertad y de la independenciam de los griegos.

Obligado Mitridates á aceptar la paz, la paz no le sirvió sino para aprestarse á la guerra. No contento con lanzar todos los pueblos del Oriente sobre Roma, el bárbaro ilustre paseó su vista por el mundo desde el Ponto, para descubrir todos los enemigos del pueblo romano, aun en lo interior de las mas apartadas regiones. Sertorio, que guerreaba en la península ibérica, hacia armas á la sazón contra la república, mal avenido con la omnipotencia de Pompeyo. El rey del Oriente entró en tratos y alianza con el rebelde del Occidente; y entrambos, unidos por el odio, juraron el exterminio de Roma. Despues de estos tratos, vino la guerra: Mitridates hizo marchar delante de sí á los armenios, á los habitantes del Cáucaso, y á los scitas del Asia. Vencidas por Lúculo sus indisciplinadas muchedumbres, perdió todas sus conquistas, y hasta sus propios Estados. Vuelto en sí de tantos desastres, y haciéndose superior á los reveses de la fortuna y á su inexorable destino, volvió á poner en tela de juicio la cuestion del Oriente, y á implorar un nuevo fallo del Dios de las batallas. Esta vez salió airoso de su empeño: sus esfuerzos fueron coronados con señaladas victorias. El Ponto volvió á entrar bajo su yugo; y vencedor de Lúculo y de Glarrion, generales de la república, recobró de sus manos todas sus conquistas, y aun dilató sus fronteras. Cansada

Roma de luchar, envió contra él, sino al más grande, al más afortunado de sus hijos. Roma confió su propia fortuna á la fortuna de Pompeyo, que acababa de poner un término á la guerra de los piratas. Pompeyo, que más adelante habia de perder en una batalla el mundo, ganó el Oriente en una sola batalla, venciendo á Mitridates en la grande Armenia.

Vencido, pero aun no domado, Mitridates solo y proscrito revolvía en su mente las mas agigantadas empresas. Su proyecto era salvar los Alpes, apoyado en todos los scitas y en todos los pueblos bárbaros, que encontrase en su camino; y llevar despues la guerra, como en otro tiempo Annibal, al corazon de la Italia, y hasta las puertas de Roma. Para llevar adelante su propósito, encargó á hombres de su confianza, que trasladasen sus hijas al pais de los scitas, y que se las dieran en matrimonio á los que estuviesen decididos á servirle en sus proyectos. Pero estaba escrito en el Cielo, que Roma habia de triunfar del último de los hombres grandes, que lanzó contra ella la cólera del Oriente. Abandonado de los suyos, y hasta de su propio hijo, Mitridates puso un término á sus dias, ayudado de uno de sus más fieles servidores. Las historias están llenas de héroes que debieron su fama á sus conquistas, y que conquistaron la tierra para engrandecerse, y para alcanzar un nombre glorioso, que no habia de perecer sino con la consumacion de los tiempos. Annibal y Mitridates son los únicos que no fueron héroes, sino por la exaltacion de su facultad de aborrecer; los únicos cuyas conquistas no se debieron á su sed de engrandecimiento, sino á su sed de venganza; los únicos, en fin, que debieron á sus gigantescos odios la eternidad de sus nombres. Verdad es que ningun pueblo fué tan grande, que pudiera escitar tan grandes odios, ni antes ni despues del pueblo romano.

Medio siglo despues de terminada la guerra con Mitridates, la más poderosa de todas las repúblicas deja de existir, para que ocupára el lugar que ella habia ocupado el más poderoso de todos los imperios. Augusto sube al Capitolio: César, grande, invicto y clemente, cierra las puertas de Jano, y dirige con blando cetro, y en paz y justicia, cuasi todo el orbe de la tierra.

Durante esta tregua universal y este universal reposo, viene al mundo el Salvador de los hombres. Cualquiera diría que, noticioso el mundo de que se iba á realizar su llegada, le estaba aguardando en un reverente silencio.

### III.

ANTES de proseguir la relacion de las vicisitudes que ha tenido la lucha entre el Oriente y el Occidente, me ha parecido necesario entrar en algunas explicaciones sobre el significado filosófico de esa lucha, que es un hecho constante y universal de la historia.

La lucha entre el Oriente y el Occidente es un hecho idéntico por su naturaleza á la lucha entre diversas naciones. La lucha entre diversas naciones es un hecho idéntico por su naturaleza á la lucha entre diferentes tribus: y la lucha entre diferentes tribus es un hecho idéntico por su naturaleza á la lucha entre diversas familias. Todos estos hechos reconocen un origen comun, significan una misma cosa, y producen el mismo resultado.

Todos estos hechos *reconocen un origen comun*; porque tienen su origen en la unidad de la naturaleza humana. Las familias, reconociéndose idénticas entre sí, procuran agruparse; y de su agrupacion nace la tribu. Reconociéndose las tribus idénticas entre sí, procuran agruparse; y de su agrupacion nacen los pueblos. Reconociéndose los pueblos idénticos entre sí, procuran agruparse; y sus agrupaciones derivan su nombre de las grandes divisiones geográficas del globo. Así, la agrupacion de los pueblos orientales produce la unidad del Oriente: la de los occidentales, la unidad del Occidente: la de los septentrionales, la unidad del Septentrion: la de los meridionales, la unidad del Mediodia. Los pueblos del Oriente, los de Occidente, los del Septentrion y los del

Mediodía se reconocen idénticos entre sí; y reconociéndose idénticos, procuran agruparse. Su agrupación será el último término de todas las agrupaciones históricas; y á su agrupación camina el mundo.

Todos estos hechos *significan una misma cosa*; porque significan, que si las familias y las tribus y las naciones se dirigen á un mismo término, se dirigen á ese término por un camino único: la guerra. La unidad del medio, proporcionada á la unidad del fin, se explica, como ella, por la unidad de la naturaleza del hombre. Donde quiera que hay agrupación entre varios hombres, entre varias familias, entre varias tribus, ó entre varios pueblos, allí hay necesariamente cierto orden gerárquico, sin el cual no pueden existir las asociaciones humanas. Ese orden supone la existencia de un soberano y un súbdito, que, en toda clase de asociación, son las dos únicas personas necesarias; porque son las dos únicas personas sociales. Donde hay un súbdito y un soberano, hay una sociedad; aunque esa sociedad tenga sus límites en el hogar de la familia.

En las agrupaciones en donde no hay súbdito ni soberano, no hay sociedad; aunque la agrupación se dilatará hasta los últimos remates de la tierra. Si esto es así, cuando varias familias procuran agruparse para formar una tribu, no pueden constituirse en esa manera de asociación, sin que una de esas familias prevalezca sobre las demás: es decir, sin que una de esas familias sea soberana. Si esto es así, cuando varias tribus procuran agruparse para formar un pueblo, no pueden constituirse en esa manera de asociación, sin que una de esas tribus prevalezca sobre las demás: es decir, sin que una de esas tribus sea soberana. Si esto es así, cuando varios pueblos procuran agruparse para formar una de las grandes divisiones del globo, no pueden constituirse en esa manera de asociación, sin que uno de esos pueblos prevalezca sobre los demás: es decir, sin que uno de esos pueblos sea soberano. Finalmente, si esto es así, cuando los varios pueblos que habitan las diferentes zonas de la tierra, procuran agruparse para formar la gran asociación humana, término de todas estas asociaciones progresivas, no pueden constituirse en esa manera de asociación, sin que una de

esas zonas prevalezca sobre las demás: es decir, sin que en una de esas zonas se asiente el trono del mundo.

Por donde se ve, que el contacto de las familias, de las tribus y de las naciones entre sí, promoviendo una cuestión de asociación, promueve necesariamente una cuestión de soberanía. Ahora bien: una cuestión de soberanía no puede resolverse, sino por medio de la guerra: por eso, la guerra es el medio universal de las asociaciones humanas. Por lo demás, la palabra guerra, tomada aquí en su acepción filosófica, está tomada en su sentido más lato. Con esta palabra no quiero significar solamente la lucha entre las fuerzas físicas, sino también entre las fuerzas morales, intelectuales é industriales de las naciones. Hay cierta época en la historia, en que la soberanía corresponde al pueblo más fuerte: en esa época, la cuestión de la soberanía se decide por la guerra entre los ejércitos, y en los campos de batalla. Hay otra en que la soberanía corresponde al pueblo más civilizado: en esa época, la cuestión de la soberanía se decide por la guerra entre las varias civilizaciones del mundo. Hay otra, en fin, en que la soberanía corresponde al pueblo más industrial: en esa época, la cuestión de la soberanía se decide por medio de la guerra entre las industrias rivales,

Todos estos hechos *producen el mismo resultado*; porque todos adelantan la obra inmensa de la civilización, en la prolongación de los siglos.

Explicada la universalidad y la permanencia de la lucha entre el Oriente y el Occidente, por esa aspiración universal y constante de todas las sociedades á constituirse en centro de la unidad del género humano, obedeciendo así á los designios de la Providencia y á las leyes eternas de la historia, es llegado el caso de exponer aquí algunas consideraciones, que me parecen esenciales, sobre el carácter especial de esa lucha, que hemos visto nacer, y cuyas fases hemos recorrido ya hasta la época de Augusto, señor de casi todas las regiones de la tierra. Por las consideraciones que voy á exponer, se entenderá fácilmente, cuán cierto es que hay una inteligencia superior, que dirige y ordena los acontecimientos humanos. Su existencia, al mismo tiempo que cae bajo el dominio del entendi-

miento, cae bajo el dominio de los ojos : proclamada por la razon, está atestiguada por la historia : sin ella, no podrian explicarse ni la historia, ni la sociedad, ni el hombre.

El Oriente y el Occidente no han venido á las manos, en todas las grandes épocas históricas, en su propio nombre, sino en el de ciertos principios, de que uno y otro han sido siempre legítimos representantes. El Oriente y el Occidente han resuelto siempre de una manera distinta, por no decir de una manera contraria, todas las grandes cuestiones que ocupan á la humanidad, en toda la prolongacion de los tiempos. Para convencerse de esta verdad, basta fijar los ojos, por una parte, en la Europa; por otra parte, en el Asia; ó si se quiere, por una parte, en la Grecia; por otra parte, en la India.

En todas las regiones del globo, ha habido lucha, y una lucha terrible, entre la naturaleza física y la voluntad humana; puesto que el hombre no ha podido apropiarse la tierra, sino despues de haber luchado con los mónstruos que la habitaban, con los bosques que la cubrian, y con los mares que la servian de prision, sirviéndola de cintura. Esa lucha terrible entre el hombre y la naturaleza, entre los elementos y el hombre, está consignada en todas las tradiciones de los pueblos primitivos : para penetrar hasta el origen de esas tradiciones universales, pero misteriosas, seria necesario traspasar los confines de la historia y las fronteras de la fábula. ¿Qué otra cosa es Hércules luchando con los mónstruos, sino la personificacion de esa lucha del hombre con la naturaleza y con los elementos? ¿Qué otra cosa es esa personificacion, sino el recuerdo vago, tradicional de esa lucha en una edad primitiva? Obsérvese que el personaje fabuloso, conocido con el nombre de Hércules, es un personaje cuya propiedad reclaman todos los pueblos : prueba evidente, segun mi modo de ver, de que es el símbolo de un hecho universal, y la personificacion de una época comun á todas las naciones.

En esta lucha terrible, el europeo salió sin duda vencedor, y el asiático vencido; porque aun hoy día es, y el hombre de la Europa respira libre sobre la tierra, sujeta á su voluntad y domada; mien-

tras que el asiático está como sofocado en medio de una atmósfera que le enerva, de una vejetacion tan colosal, que le abruma. En la India, el hombre es pequeño, en presencia de la naturaleza. En la Europa, la naturaleza es pequeña, en presencia del hombre. El asiático tiene la conciencia de su vencimiento y de su debilidad : el europeo la tiene de su victoria y de su fuerza. De aquí nacen todas las diferencias que se advierten entre sus creencias políticas y religiosas.

Para el asiático, Dios es la naturaleza, la naturaleza es Dios; porque para el asiático, la naturaleza es el agregado de todas las fuerzas existentes y de todas las fuerzas posibles; ¿qué mucho, que el hombre conceda los atributos de la omnipotencia á quien le ha vencido siempre, y á quien no ha podido vencer nunca?

Para el asiático, el hombre es un sér cuya voluntad es esclava de Dios, es decir, esclava de la fuerza; ¿qué mucho, que el hombre niegue la libertad, cuando su voluntad ha sido siempre vencida?

Así, el panteísmo es su religion; y el fatalismo su dogma.

El asiático ha formado la sociedad á imágen de Dios, despues de haber formado á Dios á imágen de la naturaleza.

El asiático reconoce, como soberano, al mas fuerte. Si la fuerza es para él el atributo de la divinidad : ¿qué mucho, que la fuerza sea para él el atributo de la soberania?

El asiático adora, como á un Dios, al que le manda. Si la fuerza constituye la divinidad : ¿qué mucho, que adore como á la divinidad al que es fuerte?

Así, el despotismo es la única forma de gobierno que concibe; y la obediencia pasiva, el único dogma político que proclama.

Para los europeos, la naturaleza, que es el agregado de todas las fuerzas materiales, es esclava : ¿qué mucho, que el europeo mire como esclava á la que sometió á su albedrío?

Para los europeos, la divinidad no es una fuerza material ni un agregado de fuerzas materiales; sino una inteligencia increada, un espíritu puro : ¿qué mucho, que el hombre reconozca, como atributo de la divinidad, á la inteligencia suprema; cuando con su inteligencia limitada ha podido domar todas las fuerzas materiales?

Para los europeos, la libertad del hombre coexiste con la Providencia divina: porque, ¿cómo negaría su libertad el hombre, en donde todo sucumbe ante esa libertad, en donde la naturaleza domada le llama su señor, y rendida á sus piés, canta sus triunfos?

Así, el espiritualismo es el fundamento de su religión; y la libertad humana, la primera de todas sus creencias, y el primero de todos sus dogmas.

El europeo no puede reconocer en la fuerza material el atributo de la soberanía: porque, ¿cómo reconocería por señora á la que ha sido su esclava? El que no rindió párias ni homenaje á las fuerzas de la naturaleza, ¿las rendiría, por ventura, á la fuerza material de los tiranos? El europeo, que está pronto á sublevarse contra la tiranía de la naturaleza, está pronto á sublevarse contra la tiranía de los hombres.

El europeo obedece á los poderes legítimos; es decir, á los poderes sancionados por la razón y por el tiempo; pero obedeciéndolos, no abdica su libertad, no los adora. Sus adoraciones están reservadas para Dios; en cuanto á su libertad, ¿cómo la sacrificaría en los altares de los hombres, cuando no la sacrifica en más elevados altares?

De esta manera, en Europa, el hombre es espiritualista y libre. En Asia, materialista y esclavo.

La lucha entre el Oriente y el Occidente tiene por objeto providencial resolver la cuestión, de si el hombre ha de levantar altares al espíritu, ó á la materia: á la libertad, ó al destino. Para convencerse de esta verdad, bastará poner la consideración, en que todos los conquistadores del Oriente han buscado su punto de apoyo en el número, es decir, en la fuerza material de sus ejércitos; mientras que los capitanes del Occidente le han buscado en la disciplina, es decir, en la fuerza moral de sus legiones. ¿Quién no vé aquí la lucha entre las fuerzas físicas y las intelectuales, entre la materia y el espíritu, entre las fuerzas de la naturaleza y la inteligencia del hombre? El que no vé en la lucha de esos ejércitos la lucha de estos principios, ignorará siempre, que los principios explican los hechos; que la filosofía explica la historia.

Entre la conquista del Oriente por Roma, y su conquista por Alejandro, á vuelta de algunas semejanzas, hay diferencias esenciales, que me parece necesario consignar aquí, por la luz que derraman sobre las distintas fases que va presentando la cuestión del Oriente, con el progreso de la civilización, y con el trascurso de los siglos.

El destino del Oriente era ser vencido por el Occidente; porque está escrito que la materia ha de obedecer al espíritu; que la fuerza ha de obedecer á la razón; que el número no ha de prevalecer sobre la disciplina; que las fuerzas materiales han de obedecer á las intelectuales; y que el destino, esa divinidad ciega é inexorable del Oriente, no puede asentar su dominación sobre la tierra, ese gran feudo concedido por Dios á la libertad humana. Pero ese gran acontecimiento, que ha tenido en espectación á las naciones, debía sujetarse, como todos los acontecimientos humanos, á la ley providencial de la historia. En virtud de esa ley, la humanidad camina; pero, como ha de caminar siempre sin reposarse jamás; y como su camino es agrio y escabroso, sus pasos son mesurados y lentos. El hombre se apresura, porque siente dentro de sí la voz de su espíritu, que le dice, que solo es dueño de la hora que se desliza y que pasa; pero ¿por qué se apresuraria el género humano, como se apresura el hombre, cuando tiene delante de sí el Océano de los tiempos, y cuando las fronteras de la eternidad son sus únicas fronteras?

El Occidente debía salir vencedor del Oriente, en tiempo de Alejandro; porque la cultura intelectual de la Grecia era un progreso, comparada con el materialismo grosero de los pueblos asiáticos; y la humanidad, entonces como ahora, y como siempre, de-